

En recuerdo de Fernando Nagore

IGNACIO ARAUJO

Conocí a Fernando Nagore en 1956. Yo acababa de llegar a Pamplona, para instalarme aquí, y entonces Fernando era Secretario Técnico del Colegio. Además estaba en relaciones con María Jesús, a cuya familia conocía desde niño, por lo que fué muy natural y espontánea nuestra amistad.

Tuve ocasión de acompañar a Fernando en algún viaje. Recuerdo cuando dirigía la construcción de las Bodegas de Sanzol: me enseñó Torres del Río y luego merendamos juntos en un trujal, que yo no conocía. Desde el primer momento está en mi recuerdo esta imagen cordial de Fernando.

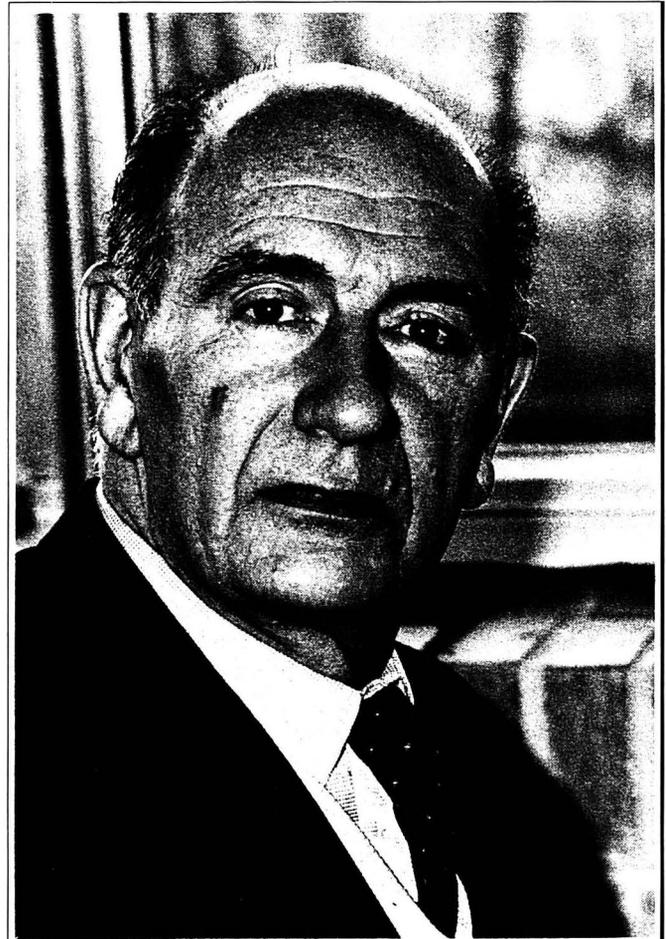
Fué pasando el tiempo, y en el verano de 1964 me encargó D. José María Albareda, entonces Rector de la Universidad de Navarra, la puesta en marcha de la Escuela de Arquitectura. Había que planificar los estudios y tantas cosas más, pero lo más urgente era iniciar las enseñanzas con el primer año, en el curso que se iniciaba en octubre del 64.

De otra parte, para iniciar las enseñanzas había que designar el equipo de profesores. Como en la Facultad de Ciencias se impartía el curso selectivo, se encargaron allí de las enseñanzas de Álgebra - Javier Iraburu-, Cálculo - Emilio Basterra- y Física - José González Ibeas-. Nosotros deberíamos buscar, para el primer año, los profesores de Análisis de Formas Arquitectónicas, y Dibujo Técnico y Geometría Descriptiva.

Yo me hice cargo del Análisis. Y Fernando, a quien informé enseguida sobre la puesta en marcha de la Escuela (idea que acogió desde el primer momento con toda ilusión) de Dibujo Técnico y Geometría , que entonces constituían una única asignatura.

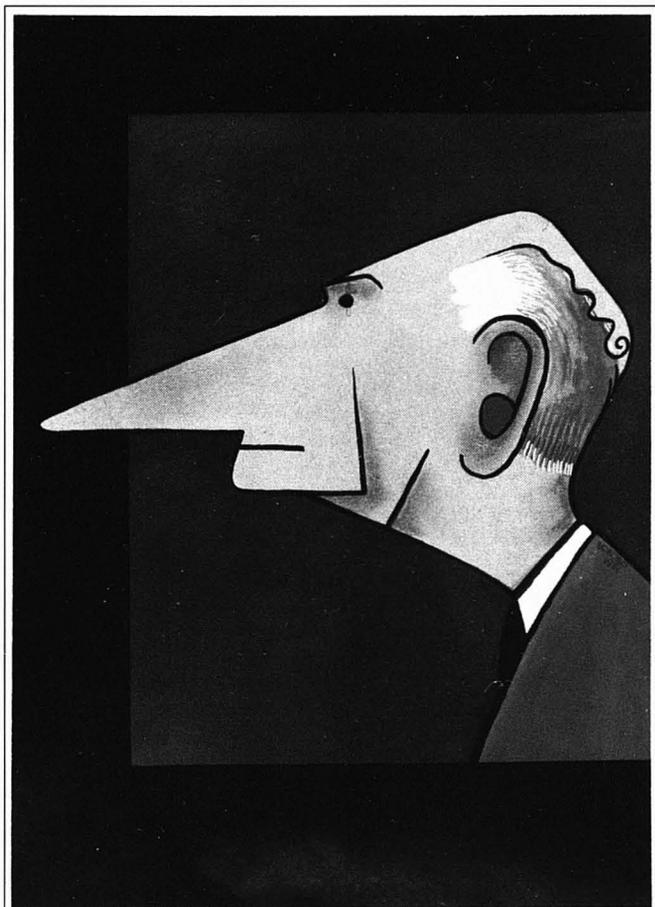
También se incorporó Miguel Angel Goñi , que se hizo cargo de la Secretaría de la Escuela, y de echarnos una mano en las enseñanzas gráficas.

Entre uno y otros hablamos con la mayoría de los arquitectos de Pamplona, buscando su posible colaboración en las enseñanzas e informándoles de nuestros propósitos. Y de ahí surgieron nuevos profesores, arquitectos de nuestro Colegio, que se fueron incorporando en cursos sucesivos (Miguel Gortari, Enrique Delso , Ramón Urmeneta, Juan Lahuerta, Fernando Redón) junto con los que fueron viniendo en los primeros años desde otras ciudades (Carlos Sobrini, Francisco Iñiguez, Javier Lahuerta, Rafael Echaide, Luis Borobio, Francisco de Inza, etc.).



D. Fernando Nagore

Así pues, Fernando estuvo siempre presente, desde el origen y en el desarrollo de la Escuela. Como profesor, era científicamente impecable, cordial y exigente a la vez, amigo leal. Tenía un gran sentido de la responsabilidad, en primer lugar con su propio quehacer, consigo mismo, -dedicaba muchas horas al estudio de las materias que impartía- como se comprueba al ver el rigor y el detalle con que están realizadas todas sus obras arquitectónicas y sus escritos: en el año 1986 inició la publicación, prevista en XIV volúmenes, de su Geometría Métrica y Descriptiva para arquitectos, texto del que se puede decir que trata con precisión y elegancia todo lo esencial de su materia, y en el que nada sobra y nada falta; se preocupaba muy seriamente de la formación de sus alumnos, con una visión integrada de ciencia, cultura y vida, - con un profundo sentido cristiano de la vida- y pensaba que no podía confundirse la blandura con la comprensión.



*Caricatura de D. Fernando Nagore
realizada por D. Luis Borobio*

Una anécdota define su manera de ser: una alumna de 1º curso estaba muy preocupada por la marcha de la asignatura. Se le animó a que hablara detenidamente con el profesor Nagore para ver cómo podía trabajar la materia, pero no se atrevía: le parecía -la figura y la elegancia de Fernando les impresionaba- distante.

Sin que ella se diera cuenta, nos hicimos los contradizos. Se quedó con Fernando, muy apurada. Al acabar, le pregunté cómo le había ido la conversación, y me dijo sonriente: Comencé muy nerviosa, pero ... enseguida le salieron los hoyitos!

A medida que fueron transcurriendo los años la actitud y las enseñanzas de Fernando fueron haciéndose más profundas, más dirigidas a lo esencial, tanto en la formación personal de sus alumnos como al impartir sus enseñanzas. Se le veía desbordarse, dedicar cada día más horas a esta tarea, para él cada vez más apasionante. Así lo comprendimos todos cuando llegó a la Escuela la noticia de su fallecimiento: el silencio de las aulas y talleres, las caras, el ambiente, los comentarios, todo, manifestaba que la Escuela había perdido una pieza clave.... Y no es así, porque, desde ese momento, nos ayuda desde el Cielo a sacar adelante la Escuela qué él y nosotros soñamos juntos tantas veces.

Muy pocos meses antes, D. Fernando resumía así su labor docente de cinco lustros:

EL VINO DE MI VIDA

*«El alumno que miro
cada otoño en Octubre
está siempre en la edad
de la incierta promesa.
Yo, cada octubre, cargo
un año más encima,
cuatro estaciones nuevas
y una hondura más grande
que me crece hacia adentro.
Está ahí acaeciendo
un año tras otro
hace ya veinticinco.
Las tareas docentes
durante cinco lustros
trajeron la solera
al vino de mi vida
en el reposo interno
de mi cuerpo bodega,
trabajando por dentro
y dejando por fuera
discurrir a los años
con paciencia de vino.
Los soles y los vientos
rayaron mi pellejo,
la su color cambiaron,
hiciéronlo más viejo
y cubrieron mi rostro
con arrugas y canas.
Lo saben los de enfrente;
lo noto cuando observan
el odre de mi cuerpo
en labor de enseñarte,
antes de repartirles
a raudales mi vino
el que guardo celado
para que no se sobre
demasiado temprano,
pero que en este punto
de mi vida gastada
fluye por mis esquinas
y le dejo que corra.
Pues, al paso del tiempo
implacable, he sabido
que mi vida no es mía,
que mi vino es de todos»*